

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 23 de Enero de 1915

AÑO XI

No se devuelven los originales

Suscripción: Un año 3 pesetas; 20 números semanales 15 id. semestre; 10 id. 9 id. Número suelto 5 cts

PAGO

ADELANTADO

N.º 540

SANTORAL

DOM. 24.—Ntra. Sra. de la Paz, patrona de Medinasiona y Beas de Segura, y Santos Timoteo y Feliciano.

LUN. 25.—La Conversión de San Pablo, pat. de Ecija, y los Santos mrs. Sabino, Donato, Máximo y San Agapo.

MAR. 26.—San Policarpo, obispo, Santa Paula, vrg., y S. Teógenes, obispo.

MIÉR. 27.—Sta. Eulalia, pat. de Arganda S. Juan Crisóstomo y Santa Angela.

JUEV. 28.—San Julián, patrón de Cuenca, San Cirilo, San Tirso y Santa Inés

VIER. 29.—San Valero, pat. de Zaragoza y Rufa abogado contra el reuma, y San Francisco de Sales.—En Argamasilla, S. Quirico y Sta. Julita, ms.

SÁB. 30.—San Hipólito, mr., S. Lesmes, abad, pat. de Burgos, y S. Félix, papa.

Reflexiones de actualidad

Es difícil en los tiempos calamitosos que atravesamos no preguntarse a qué obedecen esas catástrofes mundiales, que, con el nombre de guerras unas veces y otras con el de terremotos, agobian en los presentes momentos al mundo entero, ora por tratarse de beligerantes, ora de víctimas de fenómenos sísmicos, ora en fin por las repercusiones que el conflicto guerrero de referencia produce en la vida normal de las naciones neutrales.

Aquellos desgraciados que no creen en Dios, no saben los profundos misterios encerrados dentro de esos hechos terribles; y temerarios y sacrilegos, se atreven hasta a pedir cuentas al Altísimo por qué permite esos cataclismos. No hay más que tomar en las manos cualquier periódico sectario, para tropezar de buenas a primeras con tales impiedades y aun blasfemias. Multitud de veces hemos tratado este tema desde las columnas de LA CARIDAD y hemos concluido: que Dios es nuestro Padre, que nos ama infinitamente más que los padres de la tierra; que por lo mismo no es autor del mal y únicamente lo permite o no lo impide por medio de un milagro, porque el hombre es libre en sus actos y de esta libertad abusiva provienen la mayor parte de las desgracias, guerras y demás calamidades humanas.

Cuanto a las catástrofes geológicas, como la que aflige a Italia en los presentes momentos, la Divina Providencia no las impide mediante un milagro, tanto porque el milagro no es la ley que al mundo rige y sólo se reserva para casos muy raros a fin de sorprender al hombre con una suspensión momentánea de las leyes naturales y encaminarlo hacia la verdadera Religión, y también para castigarlo y atraerlo al buen camino, y su fin porque de ello resultan bienes espirituales.

Tan es así, que los Santos Padres al proponerse la explicación de por qué Dios envió el Diluvio Universal, contestan que lo hizo, y así lo da a enten-

der la Sagrada Escritura para procurar la salvación eterna de los desgraciados habitantes del planeta totalmente extraviados de la divina ley y corrompidos en sus afectos y pasiones porque como escribe el Génesis «toda carne había prevaricado en sus caminos» Y añaden los expositores, que efectivamente salvaron eternamente las almas aquellos que perecieron en las aguas diluviales mediante un sincero arrepentimiento y contrición de sus pecados. Confirman las insinuaciones bíblicas los comentaristas judíos y cristianos. Es decir, que el Señor al permitir esas pruebas saca un bien mejor y más elevado cual es su gloria y la ostentación de sus Divinos Atributos de Santidad, Justicia, Omnipotencia, etc., y la salvación de los hombres, porque tal vez de otro modo no lograrían la eterna felicidad para que fuimos todos criados.

Una idea nos ha asaltado muchas veces a presencia del estado moral y religioso del mundo actual. ¿Habrá llegado ya los últimos días de la humanidad, aquellos días de universal apostasía por el fundado? ¿Qué opina usted amigo preguntamos a un eminente catedrático del doctorado de Medicina de la corte, autor de obras científicas y adornado de una porción de borlas doctorales?—Opino, contestó, que si no ha llegado el fin del mundo los acontecimientos actuales acusan la bancarrota total de la civilización sin Dios. Se han obstinado los hombres en levantar el edificio social científico, político y económico, sin echar antes los cimientos cimentados por Dios establecidos como ley de existencia social, y van a lograr los hombres destruirse mutuamente y acarrear sin más concusas el fin del mundo.

A otra persona también muy cristiana interrogamos: ¿Qué opina usted de estas nuevas catástrofes de Italia?—La explicación es muy sencilla para el cristiano. Si tuviesen el significado de castigos del cielo los tendríamos muy merecido; hoy los hombres se han hecho soberbios, se ponen frente al Altísimo y hasta se atreven a pedir cuentas a Aquel que es dueño absoluto de todas sus criaturas. El pecado, la infracción de la ley santa con el significado atribuido por S. Pablo, de que el que comete un pecado mortal vuelve a crucificar a Cristo, es el punto de partida y la clave para entender algo de los secretos de que es tesoro infinito Aquel que con solo una mirada hace temblar la tierra y los montes se hacen ascuas en expresión de la Biblia.

Y un católico orador, de esos pocos que se atreven hoy a proclamar el reinado social de Jesucristo, decía entre otras cosas, muchas cosas dignas de

consignarse: «El orden y la armonía del universo exigen estas grandes hecatombes (habla de la guerra europea o mundial) que estamos presenciando, y de ella se sirve Dios, como decía un ilustre escritor, para restablecer cuando se pierde ese admirable concierto de la creación»

«En esas hecatombes es cuando la humanidad medita y horrorizada del castigo se humilla, y poniendo su frente en el polvo, levanta su corazón a Dios, clamando: Sálvanos Señor, que perecemos.»

«Si la humanidad parece, pero es por su culpa. Se divorcia de Dios y al divorciarse entroniza el egoísmo, que sin el freno del amor del prójimo la lleva al embrutecimiento. La caridad la sustituye por la filantropía que no tiene amor; la compasión cristiana por la cursi sensiblería, que no lleva la esperanza y el amor a nuestros semejantes purificado en Cristo y por Cristo; por el amor libre que es el culto del placer.

«Y el hombre se sintió fuerte para cimentar la sociedad en esos falsos fundamentos. ¿Qué opina usted amigo, ¿ha visto a Dios y desterrar del mundo a Cristo. Cual si fuera un trasto anticuado.»

Y va el orador recorriendo el Derecho internacional y los tratados y el Derecho público ni católico ni protestante, y la libertad y los progresos y la ciencia, y la mecánica con sus admirables inventos; y los arcaos de la química y de la electricidad; y el dominio de los mares y de los abismos, y el del aire. Creyó el hombre orgulloso de sus adelantos, poder vivir sin Dios y sin estar esclavizados a la ley eterna y se trocaron tales magnificencias en instrumentos de desolación y de muerte y desatan las furias del odio y del egoísmo y llueven sobre la infortunada humanidad fuego, plomo y explosivos destructores de riquezas inmensas y de millones de preciosas vidas.

«Ahí tenéis el término de esa civilización sin Dios: la ruina, la muerte y el esterminio en la tierra y en los aires en los mares y en los abismos, digno castigo de un Dios a la soberbia humana. Nos hallamos, pues, en pleno salvajismo civilizado, el más horrible de todos los salvajismos, porque es el salvajismo del extravío de la inteligencia cultivada y del corazón corrompido y degradado.» No podemos continuar en este orden de consideraciones que ocuparían todas las columnas de este número. El lector suplirá y hará los consiguientes comentarios.

Para los niños pobres

Los niños en el mundo son flores de inocencia
Que bajo la figura de tímida apariencia
Impregnan el ambiente de aroma y de candor;
Su risa es aureola, su grito es alegría
Con sus bracitos forman un lazo de armonía
Que estrecha corazones en puro y santo amor

Cuando una cuna se abre bajo un ángel del cielo.
Y ella deposita su esencia de consuelo.
Y brilla como un rayo de sol en el hogar,
El niño viene al mundo cual signo de bonanza,
Sonrisa de un ensueño, fulgor de una esperanza
Simiente de ventura que Dios hace brotar.

Mas ¡ay! que algunos nacen en míseros parajes.
Como gentil capullo que asoma entre zarzales.
Helado por el cierzo, tostado por el sol.
En el hogar no hay fuego ni abrigos en el lecho.
La madre por el hambre siente árido su pecho.
Y el capullo agoniza sin entreabrir la flor.

Y aquellas inocentes y tiernas criaturas
También de Dios son hijas, también son almas puras
Y llegan a la vida tremenda de la vida
A muerte condenados, aun sin combatir.

Vosotros, los felices, los que cruzáis la senda
Saliendo vencedores de la áspera contienda
Sin que jamás os cubra la nube de un afán,
Pensad que un niño pobre también es un hermano
Con lo que habéis de sobra tendedle vuestra mano
Para impedir que muera porque le falta el pan
Grandes y chicos, todos los que vais por el mundo
Oid de esas miserias el eco gemebundo
Y llegue hasta vuestra alma su dolorida voz.
Pensad que desde el cielo los buenos son benditos
Y dad una limosna para esos pobrecitos
Por amor de la patria y por amor de Dios.

ARGENTINO

Dinero para la Prensa

Es Dios quien pide este nuevo sacrificio: en nombre de Dios hablan sus Vicarios, repitiendo una y otra vez con la solicitud más viva, con todas las veras de su alma ilumina la por los resplandores del Espíritu Santo y abrasada en deseos de que la verdad y el bien triunfen en el mundo: «Toos aquellos que quieran realmente y de corazón que las cosas, lo mismo sagradas que civiles sean por valerosos escritores eficazmente defendidas y prosperadas, traten de favorecer con su propia liberalidad los frutos de las letras y del ingenio, para que cuanto más se conprenda que ese es el deber, tanto más con las facultades y los bienes se acuda a sostenerles. Débeles, por tanto, de todos modos y por todos los medios acudir en auxilio de tales escritores,